

En la muerte de Jean Piaget

(1896-1980)

GONZALO BLANCO NOZAL

Esa especie de antropofagia que la década de los ochenta está ejercitando sobre gente ilustre (Sartre, From, Carpentier, Barthes...), no ha perdonado tampoco a Jean Piaget. La muerte del famoso psicólogo suizo, ocurrida el pasado mes en su tierra natal, es un dato que no añade ni trunca, propiamente, nada de su obra. Ni, por otra parte, le confiere una actualidad artificial ni la rescata de ningún silencio. Simplemente elimina del panorama intelectual de Occidente uno de los cerebros más lúcidos de los últimos tiempos. Su obra se mantiene en pie, basada enteramente en el rigor de los planteamientos y en la concienzuda investigación sobre la que se ha montado. Lo único que resta —y referido a la pedagogía es como decir que resta casi todo— es aplicarla, en todas sus potencialidades, a los diferentes campos prácticos sobre los que puede arrojar nuevas luces.

Sus descubrimientos sobre la génesis y evolución de las estructuras mentales, sobre los distintos estadios del desarrollo del conocimiento, etc., no constituyen propiamente una pedagogía especial, sino la base de cualquier pedagogía que pretenda ser científica. Piaget marca, como Einstein en la física —esto se ha repetido hasta el tópico, pero con toda razón— una frontera en los estudios de la psicología del conocimiento que divide en dos mitades cualitativamente distintas todas las elaboraciones anteriores y posteriores a él.

Una vida de Investigación y creación

Suizo como J. J. Rousseau, Piaget nació en Neuchâtel hace ochenta y cuatro años. Dotado de una excepcional inteligencia y de una vocación prematuramente entregada a las tareas de investigación (entre los quince y veinte años de edad había publicado ya numerosos trabajos en revistas científicas), fue especializando su dedicación en la línea de la biología del conocimiento. Dos personalidades marcan y



enriquecen esta primera etapa, que son Alfred Binet, colaborador de Charcot y Director del Laboratorio de Psicofisiología de la Sorbona, y Edouard Claparède, pionero de la investigación en psicología infantil y fundador del Instituto J. J. Rousseau, del que después, durante mucho tiempo de esplendor y madurez, sería director el propio Piaget.

A partir de 1920, desde un triple frente interdisciplinar —filosofía, psicología, ciencias biológicas y físicas—, Piaget desencadena una actividad profesional casi febril, que cristaliza en la docencia (cátedra de filosofía de Neuchâtel, Psicología en Ginebra y la Sorbona); en la creación de instituciones de investigación (Oficina Internacional de Educación; Centro Internacional de Epistemología Genética) y en una producción bibliográfica de cerca de medio centenar de libros y colaboraciones dispersas que constituyen un corpus homogéneo, denso, de difícil lectura, a veces, pero de un inagotable poder de sugerencia y sistematización.

No menos importante es su perfil de profesionalismo, su poder creador, su capacidad de contagio, haciendo surgir colaboradores y nuevos campos de investigación en el estudio y análisis directo sobre miles de experiencias concretas en niños sobre los más variados campos de la psicología y del conocimiento. Da la impresión de que no hay fisuras en la vocación de este hombre que caminaba en bicicleta hasta cuando era anciano, que estudió paciente con su mujer en sus propios hijos, paso a paso, la concreción de sus intuiciones y teorías, y que hasta casi la víspera de su muerte, seguía trabajando sin desfallecer.

Una revolución de la pedagogía

Piaget ha confesado en repetidas ocasiones que no es un pedagogo. Lo cual es cierto en el sentido de que de sus libros no es posible entresacar una ideología determinada, una política de educación en el sentido estricto, ni unos contenidos concretos para verter, sin más, en las aulas. Desde esta perspectiva, la obra de Piaget no puede aplicarse en la escuela si se va con los ojos puestos en lo que hay que enseñar. Previamente a los planteamientos morales o voluntaristas sobre si el niño es bueno o malo naturalmente, o sobre si hay que darle una doctrina de izquierdas o de derechas, Jean Piaget ha hecho una larga inmersión en el cerebro infantil, a lo largo de más de treinta años, y lo que nos ha dicho es cómo hay que enseñar al niño. He aquí algunas consecuencias de sus descubrimientos:

a) La inteligencia no es una entidad condicionada genéticamente de antemano. No hay en el punto de partida, y de modo irreversible, niños listos y niños tontos. El aprendizaje y las estructuras de pensamiento son el resultado de una experiencia personal con el medio que nos rodea. La actividad intelectual-funcional del niño, para Piaget, es similar en su esquema a la

del adulto. Se desarrolla y organiza como respuesta a las demandas planteadas por la realidad exterior. Y esto, a través de pasos sucesivos, según una serie de etapas vitales, condicionadas por la edad y el desarrollo. En el niño, en los primeros dieciocho meses, la inteligencia es práctica, sensomotriz, anterior al lenguaje. Posteriormente, con el tiempo, se interioriza y es capaz de representaciones más formales, hasta hacerse pensamiento y capaz de operar con abstracciones. Pero es siempre, suscitada por la acción, por la necesidad de asimilar, acomodar e interpretar funcionalmente los objetos y hechos que encuentra a su alrededor como la inteligencia genera y madura sus estructuras y cómo el sentido lógico adquiere destreza y operatividad.

Todas estas meditaciones y descubrimientos no están formuladas por el pedagogo suizo a humo de pajas. Son en el resultado de un minucioso y largo estudio de investigación en el que sucesivamente se han ido tratando temas tales como «la formación del símbolo en el niño», la «causalidad física», «las nociones de espacio», «la conducta moral», «la génesis del número», la psicología general de la inteligencia en sus desarrollos y concreciones.

Una pedagogía que tenga esto en cuenta, no tiene que estar preocupada tanto por los contenidos que debe ins-

talarse en el cráneo de los niños, sino en los estímulos, en los incentivos y en los medios que hay que suscitar a su alrededor para despertar en él la afición por el descubrimiento, la necesidad de dar respuestas prácticas a problemas inmediatos, y el afán por investigar y desarrollar sus facultades. En este contexto tienen pleno sentido frases atribuidas a Piaget y sus colaboradores en la línea de que «siempre que enseñamos una cosa, privamos al niño de la oportunidad de inventarla», o «comprender —o aprender— es inventar».

Naturalmente esto pone en cuestión todos los métodos de enseñanza basados en la pura transmisión de informaciones, los estilos memorísticos del aprendizaje y la misma estructuración de la escuela que tiene siempre al enseñante como eje y protagonista de la actividad didáctica.

b) Tanto lo que se refiere a la actividad profesional de la enseñanza, como a las políticas educativas generales planteadas por cualquier administración, Piaget significa una puesta en cuestión radical.

En general la preocupación hoy en estos ámbitos gravita más sobre la ideología subyacente, concretada en programas y credos, que en la metodología y en los medios que es necesario suscitar para crear un ambiente rico en sugerencias y estímulos, en el que el

niño se desarrolle, tanto en la dimensión personal como comunitaria.

Y en lo que se refiere al cuerpo de enseñantes, Piaget, tanto implícitamente desde sus obras, como en declaraciones expresas, aboga por una revalorización social y profesional de los maestros y profesores en el sentido de que su misión exige unos niveles de preparación intelectual y de dedicación personal que de algún modo ha de traducirse en medios económicos y materiales para que sea realmente productiva.

c) En términos de cultura o civilización, viviendo como estamos en un tiempo de acumulaciones de información cada vez más complejas, de problemas nuevos desencadenados a un ritmo de difícil absorción, las teorías de Piaget confirman y abren pistas sobre una necesidad eminentemente actual: no puede plantearse la enseñanza como un tiempo concreto en la vida de una persona, en el que se suministran unos conocimientos básicos que se revelan inservibles al poco tiempo. La educación, la pedagogía y la enseñanza constituyen primordialmente una labor en la que se forman las estructuras mentales, capaces de digerir e incorporar mientras se vive nuevos bloques de conocimientos y nuevas experiencias. En una tensión permanente con el medio, en una dialéctica de cooperación y comunidad. ■

- Ciencia
- Fantasía
- Realidad... tres componentes más del nuevo plan

EDUCACION PREESCOLAR

He aquí un proyecto educativo que permite al profesorado:

- recobrar su protagonismo
- organizar la clase de forma personal
- respetar el ritmo de aprendizaje de cada niño
- favorecer la creación y la expresión personal



Santiago Rodríguez S.A.

○ CENTRAL: BURGOS. Muelle 6. Telef. 21231, 21232, 21233, 21234. Apartado de Correos 4721

○ DELEGACIONES

LA CORUÑA
Muelle de Puerto. 2121
Tel. 26 20 20

SEVILLA III
Villaverde de Lucena. 21
Tel. 26 22 21

LAS PALMAS (Canarias)
D.º P.º Marítimo. 102
Tel. 21 21 12

SAN SEBASTIÁN
Puerto de Leizor. 1
Tel. 21 26 12

PALMA DE MAYORCA
Villaperdona. 22
Tel. 22 26 21

CIUDAD REAL
San Martín. 2
Tel. 22 26 21

CARTELLON
San Sadoni. Llanes. 14
Tel. 22 26 21

Solicite Catálogo General de
INFORMACION
al
MUESTRAS con 50% Dcto.
a
BURGOS